

VARIA

HOMENAJE DEL TERCER CONGRESO DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA A MIGUEL ANTONIO CARO Y A RUFINO JOSE CUERVO

Dentro del programa de actos del Tercer Congreso de Academias de la Lengua Española, celebrado en Bogotá en el año de 1960, se escogió el día sábado 30 de julio para rendir homenaje a Miguel Antonio Caro y a Rufino José Cuervo en la sede de este Instituto en Yerbabuena. Dicho día, en las horas de la tarde, se reunieron allí con tal objeto los delegados al Congreso. Al acto, verificado en el salón de la biblioteca, concurrieron, a más de los académicos visitantes y de los colombianos, el Señor Ministro de Educación Nacional de Colombia, doctor Gonzalo Vargas Rubiano; el Secretario General del Ministerio de Relaciones Exteriores, doctor José Joaquín Gori, los colaboradores del Instituto Caro y Cuervo y algunos invitados.

El Reverendo Padre Félix Restrepo S. I., Presidente de la Academia Colombiana y del Congreso, inició el homenaje con una breve improvisación, en la que afirmó que el lugar más adecuado para el acto que se celebraba era el Instituto, en donde se proseguía la labor de los dos ilustres colombianos en el campo de las humanidades, las letras y la lingüística. Hizo luego el elogio de don Gonzalo Zaldumbide, quien le iba a suceder en el uso de la palabra; puso de presente cuánto se estimaba y recordaba en Bogotá al doctor Zaldumbide, antiguo Embajador del Ecuador en nuestro país, tierra de escritores y humanistas desde el día mismo en que el letrado don Gonzalo Jiménez de Quesada fundó a Bogotá.

A continuación habló, a nombre de todas las delegaciones, don Gonzalo Zaldumbide, para exaltar la memoria de Caro y de Cuervo. Le respondió el doctor José Manuel Rivas Sacconi, Director del Instituto y Secretario Perpetuo de la Academia Colombiana. El texto de ambos discursos se publica adelante.

En honor de los académicos el Instituto organizó una exposición de mapas elaborados por los investigadores del Departamento de Dialectología en desarrollo de los trabajos del Atlas Lingüístico-Etnográfico de Colombia en el Departamento de Bolívar y de objetos de fabricación popular recogidos por ellos durante las encuestas. También

se presentó una exposición de cartas, papeles e iconografía de Rufino José Cuervo; cartas que dirigieron a éste sus correspondientes hispanoamericanos, y cartas, retratos y recuerdos personales de Miguel Antonio Caro. Asimismo se exhibían papeletas lexicográficas acopiadas para el *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana* y su continuación, tanto las dejadas por Cuervo como las recogidas por el doctor Fernando Antonio Martínez; ficheros lexicográficos y ejemplares de la reedición del *Diccionario de construcción y régimen* y del primer fascículo del tercer tomo de dicha obra.

Durante este mismo acto se hizo entrega del primer ejemplar de las *Obras* de Domínguez Camargo, una de las más eminentes figuras de la poesía gongorina americana, cuyo redescubrimiento en este siglo, en España antes que en América, fue mérito precisamente de uno de los delegados al Congreso.

Para finalizar se sirvió un chocolate santafereño en los salones de la casa antigua de la hacienda.

El siguiente es el texto de los discursos de don Gonzalo Zaldumbide y del doctor Rivas Sacconi.

DISCURSO DE DON GONZALO ZALDUMBIDE, DE LA ACADEMIA
ECUATORIANA DE LA LENGUA, DELEGADO AL TERCER CONGRESO
DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Señores:

El benemérito Instituto Caro y Cuervo había decidido que, en esta solemne ocasión, no fuese una voz colombiana la que exaltase el valor universal de los insignes varones Caro y Cuervo. Ha preferido que lo hiciese algún vocero de una de las naciones aquí representadas. De otro modo no se explicaría el que, abundando en todo el ámbito de Colombia expertísimos admiradores de esos dos prohombres, y teniendo como si dijéramos a la mano un escritor tan fecundo como el Padre Restrepo, Presidente Honorario de este Instituto, y a su Director, el descollante latinista y eficaz continuador de la obra de Cuervo, haya recaído en el que os habla, tan honroso cargo. Parecían ser ellos los llamados en primer término. Inesperada, inmerecidamente fui designado. Al comunicárseme tamaña distinción, vi claro que, con ella, se había querido honrar a mi Patria, sin duda por ser, la antigua Quito y actual Ecuador, la tierra más allegada, la unida por más remotos lazos de historia a la tierra natal de los dos próceres que hoy saludamos.

El compromiso, dictado por tan generosa y fraternal deferencia, era por lo mismo ineludible. Lo agradecí y acepté bajo este signo. No me quedaba sino vencer mis escrúpulos de impreparación e incompetencia; escrúpulos de conciencia, y no temores de vanidad. El plazo era corto para deuda tan ingente. Empresa medrosa la de zarpar a navegar sin brújula en el océano de sabiduría de las obras ponderosas y voluminosas de esos dos pontífices de la lengua.

Me escucha en este recinto un auditorio imponente, intimidante. Se encuentran aquí hombres de letras, a cual más conocedores de las profundidades del idioma, sabedores todos de lo que un Caro, un Cuervo, son y significan.

Yo no puedo menos que lamentar el veros privados — con mi designación — del alto placer de oír a alguno de los muchos que en este certamen eran los más aptos a desempeñar este encargo.

Habéis, señores, sido defraudados de antemano en vuestra expectativa de ver subir a esta tribuna a una autoridad en la materia. No es culpa mía la de haber sido agraciado con esta demasiado generosa designación. Mas, si culpa hay en quienes tomaron esta iniciativa, excusada está de antemano por vosotros mismos, pues que no podéis desconocer que ella ha obedecido a muy nobles y muy naturales motivos: los peculiares lazos de más estrecha y más antigua hermandad, como son los que unen al Ecuador y Colombia.

En este caso, tendréis que perdonar forzosamente mi insuficiencia de profano en el dominio que señorearon estos dos árbitros supremos del idioma: Caro y Cuervo.

Caro y Cuervo desentrañaron de la mina las riquezas soterradas en sus remotos orígenes, y nos las mostraron ya cinceladas en su Edad de Oro, y refulgentes hasta en nuestros opacos días.

Cuanto se diga acerca de la gloria de estos dos patricios colombianos, en poco o nada podrá ya acrecer su renombre ecuménico. Podrá su obra ser continuada, y lo es con brillo; mas no podrá ser superado el ejemplo de laboriosidad de estos patriarcas a quienes no bastó una larga existencia destinada toda entera a agotar lo inagotable. El que un profano como yo venga ahora a hacer de ellos un elogio a duras penas aproximativo e inseguro, sólo tiene significación en el hecho de que, aun para los profanos, esa sabiduría, aunque parezca vedada a ellos, ejerce sobre ellos un atractivo, un ascendiente, un llamamiento a la veneración, tan irresistible, que los mantiene reverentes al pie del ara. En este sentido, quizás resulta más probatorio el respeto de los profanos que el de los especialistas, pues aquellos necesitan más que éstos de la luz que esos dos sabios derramaron para todos.

Que un filólogo, un etimologista, un diccionarista, un gramático sapiente, gocen en escudriñar, en las obras de Cuervo, los orígenes subterráneos de los cuales surgen, como plantas vivaces, los vocablos, su placer no es comparable al deslumbramiento que los neófitos experimentamos al descubrir en los lexicones lo que ignorábamos y ni sospechábamos del nacimiento y evolución de las palabras más cotidianas.

El *Diccionario de construcción y régimen* no es un herbario de hojas secas. Es un florilegio: ahí cobran actualidad y remozado semblante los vocablos añejos; ahí perviven en ejemplos, en frases transcritas de autores antiguos, en citas pertinentes como pruebas.

Hojear este nuevo Diccionario de autoridades es placer y provecho, doblados por el vigor vital de esos pasajes escogidos con sagaz erudición que les devuelve su aspecto familiar.

Son deleitables esos textos citados, sobre todo los en castellano antiguo, porque avivan el sabor arcaico del idioma en formación. Los entendidos lo catan; los profanos lo paladeamos, como el Arcipreste de Hita su vaso de bon vino.

El profano como yo, el que, movido de simple curiosidad, se anima a contemplar, como si dijéramos del umbral, esa basílica del idioma, queda, de entrada, sobrecogido ante el recinto penumbroso donde destellan las riquezas exhumadas.

¡Qué inmensidad, qué agobio de lecturas, las del sabio Cuervo, destiladas ahí gota a gota, vocablo a vocablo, página tras página! ¡Qué prolijidad de microscopio, qué minuciosidad clarividente, qué paciencia detallada e infatigable! Pensamos hasta en el tormento del corrector de las pruebas de imprenta, que no pudo ser otro que el autor. Pensamos hasta en el tormento de los tipógrafos. No sin razón el señor Cuervo se acordó de ellos en su testamento, y les dejó un legado permanente, que debía entregarse cada año al tipógrafo que más se hubiese distinguido en ese humilde oficio, y sucesivamente a otros y otros.

Una labor como la de Cuervo, ahora nos parece exceder la capacidad de trabajo de un hombre solo, y más si aislado, como se aisló ese asceta, enervorizado únicamente por su mística.

Sus continuadores tienen que trabajar en equipo, como se dice ahora; y así prosiguen su obra los meritísimos compatriotas suyos, herederos de esa gloria, y, felizmente provistos de mayores facilidades mecánicas y medios modernos de ejecución.

Sabio modesto (modestia de sabio la de Cuervo), no se precipitó a publicar en vida los muchos estudios que dejó inéditos. Aun recién salidos de su pluma eran ya frutos de larguísima experiencia y, por lo tanto, perfectos, como lo hemos visto al leerlos publicados. Su no corta existencia le vino estrecha para explotar los veneros que él iba descubriendo y repartiéndolos en ramales, persiguiéndolos de uno en uno y ordenándolos en conjuntos homogéneos. En la seguridad de ir hallando más y más en su búsqueda de cada día, esperó indefinidamente, por ansia de ser exhaustivo, como ahora se dice. Le sobrevino el término de su vida antes del término de su afán.

Sus continuadores siguen su derrotero. Saludemos a los aquí presentes y a los ausentes. Si ellos encuentran ya desbrozada la antigua selva enmarañada por donde Cuervo avanzó despejando su propio rumbo, no por eso es menos ardua la prosecución. Váyales nuestro aplauso por el beneficio que a todos nos han hecho y harán.

Señores, así España no nos hubiese hecho otro don que el de su lengua preclara, ¡cuánto le deberíamos! Imaginemos por un instante que nosotros, como americanos, tuviéramos todavía que entendernos en las mil y una lenguas aborígenes, ¿cómo entendernos entre nosotros? ¿Cómo hacernos entender del mundo?

Muisecas, chibchas, cuzcos, aimaráes, urus, quichuas, panzaleos, caribes, toltecas, aztecas, guaraníes y más dialectos de cien naciones de gentiles, ¡qué Babel! En tanto que la noble lengua de Castilla nos unificó, nos hermanó desde los comienzos de nuestra era civilizable. Y fue el cordón umbilical que nos ligó al mundo europeo, padre y maestro. Así lo comprendieron don Miguel Antonio Caro, don Rufino José Cuervo, y bendijeron la suerte que nos sacó del aislamiento y nos hizo partícipes del más antiguo acervo de civilidad.

Que la lengua que vivimos y en la cual nos movemos, como bajo un palio de esplendor, sea una de las más ilustres de cuantas se gloria la humanidad, fue don del cielo, don casual y munífico.

Pudo ser otro, pudo ser el inglés u otra lengua culta. Mas sólo los destacados pudieran preferir otros orígenes.

Hablar en castellano es dar alcurnia al discurso, al diálogo, a todo brote de comunicabilidad, así en lo familiar e íntimo como en lo emocional y solemne. Quien da la lengua da el alma, dije cierta vez, y perdonadme el repetirlo aquí, donde precisamente está mancomunándonos el culto del habla. Circula aquí el soplo de un mismo espíritu.

Y que sea la joven América hispana quien, una vez dotada del habla heredada, haya a su turno podido ofrecer a España nuevos y decisivos investigadores y jueces de su vieja lengua, es prenda singular de orgullo y fianza para el porvenir. Que un Andrés Bello, un Caro, un Cuervo, un Montalvo, un Baralt y cien más, *primus inter pares* o *dii minores*, hayan logrado defender un imperio amenazado de disgregación y deterioro, y salvado de la barbarie cundiente la hegemonía de los que saben sobre la algarabía de los desaprensivos, inconscientes algunos, ilusos aun los doctos, e ingenuos casi todos, que inventaron, a título de nativismo, no sé qué derecho a crear para uso y abuso de su pueblo, un español bárbarico que reemplazase al idioma castizo, porque éste les parecía difícil y estorbaba a la verborrea, es lección útil para las nuevas generaciones, menos compenetradas que las antiguas, del respeto a los remotos y altísimos orígenes civilizados del habla que heredamos. Si españoles fueron los conquistadores de la tierra y del alma del Nuevo Mundo, americanos son los que, en serie ya larga de lingüistas, han acabado de conquistar espiritualmente ese otro mundo nuevo, nuevo entonces para nosotros, pero ya propio, el de una lengua perfecta. Perfecta es la lengua de nuestros maestros propios, de un Bello, de un Cuervo, de un Caro, de un Montalvo.

Que Rufino José Cuervo haya filosofado magistralmente sobre la "naturaleza del lenguaje", como aparece de las páginas, densas de sabiduría, breves por lo concisas y suficientes, decisivas como sentencia arbitral, que encabezan y resumen su estudio del *Castellano literario* y *castellano popular*, es caso insigne por su alcance, y de eficacia permanente en su finalidad.

"El objeto primordial de esta obra" — dijo su autor con modestia sincera y convicción profunda — "es vulgarizar algunas nociones sobre la vida y evolución del lenguaje, que hoy no es lícito ignorar".

Este sabio, este metafísico de la esencia del idioma, cuyos estudios sobre la historia misma del castellano desde sus orígenes hasta el día, fueron concluyentes, agotó su análisis en las obras de los doctos, y no excluyó el estudio del habla rústica de los labriegos y los aldeanos, como Cervantes la de los venteros y de los arrieros. Caro y Cuervo, eximios latinistas, no perdieron de vista el origen noble de la lengua, pero prestaron oído atento al diálogo callejero de los contemporáneos. Uno y otro fueron puristas, mas no de los intolerantes e intransigentes sino atentos a la ley natural de selección.

Ambos demostraron que la gramática no es pretensión de pedantes ni invención gratuita; que es necesidad biológica del lenguaje, ley intrínseca al movimiento de las frases hacia la claridad; que la estricta propiedad de los vocablos, y su ordenación, obedecen a ineludible lógica de concatenación: las anotaciones de Cuervo a la Gramática de Bello la llevaron sin duda a su máxima exactitud.

En cuanto al *Diccionario de construcción y régimen*, a sus *Disquisiciones filológicas* y a los diversos Vocabularios de Cuervo, solamente lingüistas profe-

sionales pueden opinar con adecuado conocimiento de causa. Me he limitado a hablar del provecho y placer del profano que se acerca a hojear esos volúmenes, de aspecto tan severo y contenido tan viviente. Ajeno a la filología, mal podría yo hacer mía la opinión de los especialistas, que se hallan aquí en su reino, y son, a lo que entiendo, unánimes, no sólo en admirar, sino en adoptar las conclusiones de Cuervo. Sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* me recuerdan — y tal vez recordarán a algunos aficionados — aquel *Catálogo de errores*, de nuestro don Pedro Fermín Cevallos, citado con elogio y con frecuencia por Cuervo, quien trabó con él a distancia, constante amistad epistolar sobre materias de su especial afición común.

Las obras de Cuervo son una Suma, y bien podríamos llamarlas la *Suma teológica* del idioma, por cuanto asciende hasta lo suprasensible del don de expresar el alma en el delirio de los místicos españoles, que fueron, como lo fueron para nuestro don Honorato Vázquez, su lectura de predilección.

El "señor Caro", como todavía se le llama en Bogotá a ese inmortal, siguiendo la tradición oral de aquella gran respetabilidad que revestía su persona en calles, aulas y ágoras, fue hombre considerable desde su reflexiva y sobria juventud. Ese patricio llegó a la senectud orlado de todos los prestigios de un varón de pro. Su sombra discurre familiar aún, en pláticas de sobremesa o, entre corrillos de la plaza pública, como haciendo acto de presencia doquiera se le nombra. Cuéntanse a diario respetuosas anécdotas de su ingenio y de su vida plural. Colombia tiene la virtud de no dejar morir a sus grandes muertos. ¡Cuántas veces en mis tres años de vida bogotana, he oído yo mismo mentarlo o describirlo! Ese patriarca de las letras preside aún, estoy seguro, no sólo en efígie, sino en espíritu vigilante, todas las sesiones de la Academia Colombiana de la Lengua, cuya fundación, "la primera de su clase en América", narró con vivo interés, exornándola de trascendentales consideraciones. Y es de ver, a este propósito, con qué caballerosidad amonestó a su amigo y admirador el argentino Juan María Gutiérrez, por su desplante y salida de tono al rechazar el nombramiento que en él hizo la Real Academia Española en 1875 para miembro correspondiente, y el encargo con que quiso honrarlo, de establecer en Buenos Aires, nada menos que con Alberdi y López, la respectiva Academia asociada a la de Madrid. Rechazo agravado por las pésimas razones de sectario con que pretendía justificar el desaire, en carta abierta que circuló en América por el solo hecho de suscitar escándalo.

"Y así sucedió, dice Caro, que aquel documento inglorioso y el menos honorífico para su autor, fue más poderoso a hacer conocer el nombre de Gutiérrez, entre los americanos, que sus *Estudios biográficos* y críticos y otros laureados monumentos de su pluma".

Por lo demás, el extenso y elogioso estudio que Caro dedicó a Gutiérrez en 1878 con motivo de su inesperado fallecimiento, abarca, como todos los suyos, importantes puntos de vista sobre la historia literaria de América en su tiempo. No hay ensayo de Caro que carezca de interés indeficiente. Los más circunstanciales parecen haber sido hechos con miras a perduración por su fondo. Más sólido que brillante, su circunspección es inalterable aun en lo polémico. Valiente al par que mesurado, es modelo de equilibrio mental y moral.

Su sobriedad sorprendería, sin embargo, en el artículo biográfico que consagró en 1890 a su compañero en gustos y labores. Da, de Rufino José Cuervo,

idea exacta, pero sin calor humano, se diría. Su emoción, al hablar de este grande hombre, en vida, no parece reprimida sino ausente. Le tuvo, mientras tanto, honda afección. Pero en este caso se mostró poco efusivo precisamente para volver más convincente su justipreciación.

Su lirismo, en sus obras poéticas, aun en las tituladas *Horas de amor*, *Elegías*, *Cantos a la Naturaleza*, dentro de su cuidada y parca corrección, tiene un recato que parece detener, sofrenar, aquel gran fluido comunicativo que conmueve antes de persuadir. Descolló sobre todo en la épica. Su *Oda a la estatua del Libertador* es, según consenso general, su obra maestra. En todo caso es una de sus piezas clásicas más rotundas.

Olmedo le mereció justicia, tributada con sinceridad y lealtad de admirador y de crítico, fundada en buenas y sabias razones aun en los reparos, sobre todo en los reparos. Su elogio no es un himno al himno inmortal lanzado por Olmedo a la altura de Bolívar. Es un estudio erudito y magistral, hecho por encima del arrebato que el Canto a Junín suscita en todo pecho americano, aun en el del mismo Caro imperturbable. El señor Caro no se dejaba arrastrar por el ditirambo más allá del contorno de lo exacto.

Simpatía más comunicativa despierta su viviente estudio sobre Joan de Castellanos, el inolvidable cura de Tunja, el historiador-poeta de las *Elegías de varones ilustres de Indias*, animado fresco visual de la Conquista, imagería en octavas reales, tapicería medioeval llena de ingenuidad y de gracia.

Su perseverante amor a Virgilio, su dedicación a reanimar los toques del alma virgiliana, son prueba de su exquisita sensibilidad. Para que nuestro homenaje a Caro el latinista, el traductor impecable de Virgilio, tuviese algún valor, habría sido preciso que pudiese honrar nuestra Delegación la asistencia del más versado de nuestros compatriotas, el sabio humanista Reverendo Padre Aurelio Espinosa Pólit, nuevo a su vez y no último traductor de todo Virgilio. Sólo él habría podido, con su iluminada devoción al mismo culto, aquilatar esa reliquia literaria del mayor humanista colombiano. Y, autor, también, de un reciente y ya clásico libro sobre Olmedo, habría podido, además, corroborar la autoridad del estudio consagrado a Olmedo por Caro, el más preclaro de entre los admiradores del bardo ecuatoriano.

La sombra de Caro alumbra todavía muchos senderos del espíritu americano.

Ese gran dignatario, colmado, en muerte, de todos los honores y, en vida, de todos los poderes, descendió del solio presidencial, pobre y magnífico.

Para él, sí que el servicio de la Patria en puestos públicos no era beneficio personal, sino sacrificio. El habría podido llenar, feliz, su vida, con satisfacciones más íntimas que la de su abnegado ejercicio del poder. Le sacrificó buena parte de su vida interior, hontanar tan abundante, sin embargo, que derramó para él consuelos en medio de las tribulaciones del tribuno y del mandatario.

Hombre de meditación y de éxtasis poéticos, hombre de hogar y de refugios apartados del mundanal ruido, fue también, cuando de él se hubo menester, hombre de acción y de ataque y de polémica, al par bravía y alta, en defensa de sus principios.

La concupiscencia de mando, que exaspera a los políticos de oficio, le pareció servidumbre, tan indigna de un alma superior, como la codicia de dinero.

Le bastaba con la autoridad que le venía de adentro — no de afuera — para imponerse en los tumultos y preservarlo en las zozobras de las luchas partidistas.

Para medir su estatura en la perspectiva de la historia americana, preciso es recurrir a los grandes ejemplares de humanismo y de humanidad en la historia universal.

Varón estoico, varón justo, tenía el temple de alma de un Marco Aurelio, en su filosofar, y en su pasión de justicia como historiador, la fibra de un Tito Livio.

Señores: Las vidas ejemplares de Caro y Cuervo, unívoca la de éste, múltiple la de aquél, paralelas o unidas o distintas, pero concordes por lo alto de su denominador común, son paradigma de constancia y entereza.

Númenes tutelares de su patria, su influjo ha trascendido a todo el Continente, no sólo en el culto del habla como medio de expresión del alma hispánica de América, sino en la *virtus* inmanente de esa misma alma, más grávida de porvenir que del peso del pasado.

Sea de buen augurio este homenaje votivo, a nombre del habla unificadora.

DISCURSO DE DON JOSE MANUEL RIVAS SACCONI, DIRECTOR DEL
INSTITUTO CARO Y CUERVO Y SECRETARIO PERPETUO DE LA
ACADEMIA COLOMBIANA

A nombre del Instituto Caro y Cuervo doy la más cordial bienvenida al eminente concurso de inteligencias que iluminan hoy esta casa con su presencia. Acto tan solemne encierra poderoso estímulo para cuantos aquí laboramos diariamente, y compromete para siempre nuestra gratitud — particularmente la de quien habla — hacia los miembros de este ilustre Congreso de Academias de la Lengua, que sabe alcanzar notas de convincente elocuencia en la voz augusta de intérpretes tan autorizados como el que acabamos de escuchar, no menos que en las pausas de un silencio que vence a toda palabra, que conmueve las más íntimas fibras y que nos comunica por un minuto con la eternidad.

Por disposición del Primer Congreso de Academias se editó en 1956, a expensas de la Real Academia de Madrid, un *Homenaje a Bello, Caro y Cuervo*, en que recogieron los mejores estudios y monografías publicados durante veinticinco años acerca de los tres eximios lingüistas. Hoy aquel libro ha quedado incompleto, por faltar en él el magistral elogio de Caro y de Cuervo pronunciado hace pocos momentos por don Gonzalo Zaldumbide a instancias de la Comisión Organizadora del Congreso, el cual ha querido renovar en corporación el tributo a los dióscuros de la ciencia filológica colombiana, durante las sesiones de esta tercera asamblea, reunida en la sabana que amparó los días y los trabajos de aquellos sabios bogotanos, en esta altiplanicie que se recata como nido propicio al quehacer espiritual, que se abre como cáliz de esperanzada verdura y hospitalidad genuina, que se eleva como la cuenca de una mano tendida al cielo para ofrecer la palabra de quienes oran en la lengua del Dios de los Luises y de Teresa, de Sor Juana y de la Madre Castillo.

El homenaje que el Congreso de Academias de la Lengua Española rinde a Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo tiene, no solamente el sentido de exaltar las virtudes de la inteligencia que ellos encarnaron de manera tan completa como trascendente, sino el de proyectar, sobre toda la comunidad de

pueblos hispánicos, las esperanzas de un presente cargado de inquietudes, es cierto, pero seguro igualmente de su destino y misión históricos.

El Instituto que lleva el nombre de aquellos dos varones egregios, más como emblema de sus impulsos renovadores que como símbolo de un anecdótico y fugaz empeño por acampar bajo las toldas de un pasado glorioso, acoge y agradece el espontáneo cuanto significativo homenaje, convencido de que la voluntad de congregarse en torno de quienes fueron centinelas de la común heredad idiomática perpetúa la vigencia de los ideales que ellos sostuvieron y dignificaron con su tarea de todas las horas.

De esos ideales, ninguno más decisivo para la vida de los pueblos que el de la unidad de la lengua, afianzada y estructurada en la obra de personalidades señeras. Gracias a ella, nos es dable reunirnos aquí, como en Madrid o en México, vale decir en apartados sitios de la tierra, al amparo de númenes tutelares que podemos llamar propios, denominense ora Cervantes, ora Bello, ora Caro o Cuervo. Lo que en el complejo mecanismo de las sociedades modernas no logran, o apenas difícilmente, las convenciones, los pactos y los tratados, realízalo del modo más sencillo y natural la identidad de lengua, debajo de la cual fluye el caudal de ideas, sentimientos y tradiciones que ligan indestructiblemente a pueblos que ostentan cada uno su sello peculiar. Admirable y casi prodigioso resultado, ya antevisto luminosamente por Cuervo cuando dijo que "mejor que dentro de ficticios linderos se agrupan las inteligencias en torno de nombres como los de Cervantes, de Shakespeare y de Goethe", añadiendo en seguida: "Por eso cuando varios pueblos gozan del beneficio de un idioma común, propender a la uniformidad de éste es propender a avigorar sus simpatías y relaciones, hasta hacerlos uno solo; que la unidad de la lengua literaria es símbolo de unidad intelectual y de unidad en las aspiraciones más elevadas que pueden abrigar los pueblos. De aquí la conveniencia de conservar en su integridad la lengua castellana, medio providencial de comunicación entre tantos millones de hombres que la hablan en España y América".

En el panorama de las letras americanas del siglo pasado, Caro y Cuervo constituyen cifras de excepción por el sentido universalista que imprimieron a su inteligencia. Para el cantor de Bolívar y traductor de la epopeya virgiliana la misión del hombre particular y concreto no podía ser otra cosa que un episodio de la gran gesta de la humanidad en busca de la consumación de un destino supraterráneo ante el cual poco cuentan las acciones aisladas y fragmentarias del individuo. Para el autor de las *Apuntaciones* una particularidad lingüística o una expresión local carecían casi de sentido si no se las veía como partes integrantes de una lejana y amplísima historia, de la cual el momento actual no es sino una especie de residuo que debe ser incorporado a la totalidad de que procede. Estrechas parecían a Caro las fórmulas de una filosofía atada a los datos pasajeros de los sentidos; precaria, una inspiración poética que se limitara a reflejar las ondulaciones de la sensibilidad sin henchirlas de un contenido de superior idealidad; percedera, una expresión idiomática que no se nutriera de ideas o hiciera poco caso de las *normas generales del pensamiento*. Cuervo, en sus mejores momentos, comprendió que las particularidades geográficas americanas no eran simples excrescencias inmotivadas de la raza que puebla nuestros países, sino, en remota instancia, supervivencia del tesoro común; que las diferencias fonéticas o morfológicas no eran invención arbitraria de nuestras gentes, sino reflejo de procesos ordinarios y naturales del organismo

lingüístico; que las explicaciones acomodaticias o demasiado ceñidas a la letra carecían de valor científico mientras no se sometieran a criterios o leyes de validez general. Por eso, tanto el uno como el otro trazaron a su actividad intelectual una órbita de amplitud inusitada. Y desde este solitario y empinado risco andino tendieron, con infatigable constancia, una red cultural con Europa y con los demás países americanos, que se tradujo en relaciones personales, contactos con la erudición extranjera, adquisición de instrumentos investigativos, producción de obras de valor permanente. La correspondencia de uno y otro es vivo y elocuente ejemplo, si ya no lo fueran suficientemente sus libros, de la intensidad con que buscaron y lograron superar las contingencias del momento y liberarse del aislamiento geográfico.

El Instituto Caro y Cuervo ha querido y quiere proseguir la tarea que ellos se impusieron. Yerbabuena representa aquí, en este rincón sabanero, no sólo un pedazo de tierra que lucha hoy por escapar de la invasión de la técnica y el avasallante dominio de las conquistas materiales, sino un conjunto de tradiciones del más castizo sabor, que se ligan invisible pero admirable y realísticamente al viejo solar hispano y a la cuna misma de nuestro ser histórico. Frente al pasado, pero alzándose literalmente de su suelo, el Instituto, erigida su sede al amparo de colinas benévolas, de erectos sauces verdinegros y de vivas y entrañables memorias, anhela restaurar lo que estropeó la caducidad inexorable de las cosas humanas. Siente vivamente la necesidad de proyectarse hacia el futuro, guiado por el sentido de una fecunda universalidad; de mantener con las instituciones similares un intercambio de ideas y personas que garantice la eficacia de sus actividades en consonancia con el adelanto de la ciencia; de incrementar la implantación de métodos efectivos, lo mismo en la enseñanza que en la investigación pura; de contribuir, sobre todo y principalmente, a que el legado de los mayores se convierta en acicate de progreso y estímulo a nuevas inquietudes y vocaciones; de hacer, en suma, que los estudios filológicos y lingüísticos constituyan el centro natural adonde converjan las preocupaciones de cuantos, dentro y fuera de nuestras fronteras, aspiren a salvar y dignificar la existencia con el cultivo de las disciplinas humanas.

Los problemas que son objeto de los congresos de academias de la lengua española son los mismos que preocupan al Instituto; y si a aquellos interesa en grado eminente el de la unidad de la lengua, a éste no puede menos de parecerle vital. Cuervo pudo temer en su época que la fragmentación del español, corrido más o menos tiempo, fuera una catástrofe inevitable para todos cuantos se sirven de él como medio de intercomunicación; pero, a medida que pasan los años, lejos de acentuarse los motivos de divergencia, tienden cada vez más a desaparecer. Los instrumentos con que se cuenta hoy para hacer llegar la expresión oral a todas las regiones están produciendo en nuestros días un movimiento de nivelación que es la antítesis de la predicción de Cuervo. Se ha llegado, en este sentido, a un punto tan extremo que ya parece aconsejable y prudente desentenderse un poco de los elementos aparentemente disociadores y hacer frente a los factores de la uniformidad indiscriminada. Si, en la idea de Cuervo, no se veía cómo un centro social y político determinado pudiera recabar para sí la dirección de los destinos idiomáticos, sometiendo a norma y pauta estables las tendencias disociadoras, ahora el crecimiento vigoroso de los diversos centros sociales y políticos puede generalizar eficazmente los extranjerismos y las dislocaciones sintácticas debidos al intercambio multilateral de los pueblos

y al amortiguamiento de la propia conciencia lingüística. Pero mientras la fatal perspectiva de Cuervo se basaba en un concepto teórico equivocado de la naturaleza del lenguaje, el fenómeno nivelador actual no tendría desafortunadamente la misma disculpa, como que ahora sabemos de cierto que un concepto idealista y espiritualista de la lengua se halla en la base misma de nuestros hechos de expresión. Razón, pues, de más para que las adquisiciones logradas por el espíritu y las ideas del hombre contemporáneo no se tornen en confusión y anarquía para la lengua, haciendo de ésta un agregado uniforme pero monstruoso de elementos de heterogénea importación.

Ninguna barrera más efectiva para esta amenaza que la vigencia de métodos y sistemas homogéneos de enseñanza lingüística. Bien está que la corrección idiomática, la adopción de normas de fijeza ortográfica y léxica, la actitud vigilante contra los barbarismos de todo género se mantengan como utensilios muy importantes de asepsia y limpieza gramaticales; pero bien puede darse el caso de que el morbo y el contagio resulten más poderosos que los instrumentos terapéuticos. Eso nos pone en evidencia que es necesario ir más al fondo de las cosas, y que si la lengua es, como quiere la concepción idealista aceptada casi unánimemente, de naturaleza espiritual, abarcadora de lo social en todas sus formas, deben seguir a ella unos métodos de investigación y enseñanza acordes con el principio y no opuestos a él o desentendidos de su efectividad.

A esta preocupación ha querido atender el Instituto Caro y Cuervo con la creación del Seminario Andrés Bello, que contempla, fundamentalmente, la formación para la investigación y para la docencia. Ya en el Segundo Congreso de Academias de la Lengua el instinto seguro y avizor de Dámaso Alonso anotó el desequilibrio existente por no poder corresponder a veces las Academias a su misión debido a la escasez de elementos especializados que refuercen los empeños y trabajos propios de su instituto. Iguales sentimientos abrigaba el Director de la Academia Colombiana, Reverendo Padre Félix Restrepo, quien, convencido de la urgencia de semejante problema y de que en la preparación de individuos para tan ardua empresa reside acaso su mejor solución, se interesó vivamente en el establecimiento y organización del Seminario. Realizose éste en virtud del Acuerdo de cooperación celebrado entre el Consejo de la Organización de los Estados Americanos y el Instituto Caro y Cuervo en el año de 1957. Aprobados sus estatutos por el gobierno nacional, el Seminario inició formalmente actividades con el acto inaugural del 8 de agosto del año siguiente.

Finalidad del Seminario Andrés Bello, dicen los mencionados estatutos, es la de "adiestrar el personal especializado en fonética española, gramática histórica, semántica, etimología, lexicología y lingüística en general que necesitan los pueblos hispanoamericanos para colaborar eficazmente con la Real Academia Española y las Academias nacionales de la Lengua existentes en América en la conservación y desarrollo del castellano, y especialmente en la formación de un vocabulario técnico uniforme que vaya recogiendo día por día los progresos en todos los ramos del saber y las modalidades de la vida moderna".

Dos años llevamos empeñados en una tarea que ha comenzado a dar los más halagadores resultados. Estudiantes egresados de las universidades de casi todos los países americanos, asistidos por profesores nacionales y extranjeros, han venido recibiendo una preparación superior, tanto pedagógica como lin-

güística, que los habilita ampliamente para servir a las corporaciones académicas o universitarias, y como elementos de coordinación y enlace, con criterios homogéneos de enseñanza e investigación, aptos para desarrollar una actividad uniforme, eficaz y fecunda. El Instituto aspira a que el Seminario se convierta en un simposio permanente de representantes del profesorado de todos los países de habla española para examinar y debatir mancomunadamente los problemas de la lengua y de su enseñanza.

De este Centro Andrés Bello, que recoge los ideales del gran patriarca de las letras americanas, maestro en las disciplinas gramaticales y en la hermenéutica literaria, llevan los estudiantes la convicción de que la lengua no es un ente abstracto, al que pueden acomodarse antojadizamente todos los trajes para hacerlo aparecer como una figura cuasi humana, sino una realidad concreta que es necesario entender y comprender dentro del ambiente social que le es propio y natural; que puede y debe observarse con instrumentos de precisión y rigor que no lo desfiguren o alteren; que se refleja en las ideas, las costumbres y los objetos; que se actualiza en el habla cotidiana y se perpetúa en los documentos y monumentos literarios. De allí que los métodos que se van a poner en práctica no sean tampoco una mera abstracción, resultado de especulaciones más o menos fundadas, sino modalidades de la experiencia científica acomodadas a un objeto específico, y que ellos, aplicados con objetividad y exactitud, producen el progreso de la investigación y el hábil y consciente manejo de los recursos idiomáticos. Esta alianza de los métodos con la lengua y la literatura, la sociedad y las costumbres, el hombre y los objetos que lo rodean, subyace en las obras de nuestros filólogos y ha vuelto a reanudarse en los esfuerzos del Instituto Caro y Cuervo, a fin de que la lección de estos maestros, en su ejemplaridad, se haga otra vez diálogo vivo y hábito regenerador.

En esta morada intelectual de Cuervo y Caro, en esta casa de José Manuel Marroquín, albergue siempre del espíritu, presidida por tales figuras proceras y por la ecuménica de Virgilio, padre de la estirpe latina, en quien nos hemos anclado, así como nos hemos plantado en Lope de Vega y en cuantos exaltan el espíritu de la lengua y el genio de la raza, hasta Menéndez Pelayo, que nos acompaña en efigie, hasta Bello, cuya estatua se levantará frente a esta fábrica por voluntad munífica del gobierno de Venezuela; en esta casona de Yerbabuena, "solar de nobleza impregnado de aromas antiguos y palpitante de recuerdos, a cuya sombra tantas sabrosas crónicas se escribieron, y a donde", según dijo don José Joaquín Casas, "a satisfacerse la petición dirigida por cierto soldado manco al rey de las Españas, se hubiera recogido para escribir su libro inmortal el ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra"; en esta sede, el Instituto redobla esfuerzos por adelantar su trabajo siguiendo una ruta que es común a todos los que, en diferentes latitudes, mantienen encendida su fe y tensa su voluntad. El cultivo de los estudios filológicos, en que fueron excelentes Cuervo y Caro; la investigación del estado actual del castellano, con sus peculiaridades, en España y en los varios países de América; el cuidado y defensa del idioma, con criterio ni exclusivo ni fácil, sino de encauzamiento, integración y desarrollo, de acuerdo con el genio que le es propio y con las necesidades de la vida en todas sus manifestaciones; la vitalización de la enseñanza de la lengua materna y de la lengua madre, vehículo de milenaria cultura; el estudio de los clásicos; la ordenación y valoración del acervo literario hispanoamericano, en gran parte inexplorado e inexplorado, son tareas que nos incumben por igual,

que unen en el trabajo y en el cometido a los que están ligados por la sangre: "Nadie hace tanto por el hermanamiento de las naciones hispanoamericanas — habla Cuervo todavía y para siempre — como los fomentadores de aquellos estudios que tienden a conservar la pureza de su idioma, destruyendo las barreras que las diferencias dialécticas oponen al comercio de las ideas".

INAUGURACION DEL MUSEO LITERARIO DE YERBABUENA

Como ya se ha informado anteriormente en las páginas de *Thesaurus* (XI, 420-422 y XII, 326), el Instituto había venido adelantando la organización del Museo Literario de Yerbabuena, destinado a recoger y conservar recuerdos de nuestra vida cultural en el siglo pasado, en especial manuscritos de sus literatos, obras de pintores y grabadores, retratos y objetos personales de figuras notables del Ochocientos colombiano. En esta empresa colaboró con entusiasmo desde un principio el doctor Gabriel Giraldo Jaramillo, miembro de la Junta del Instituto, quien aportó valiosas iniciativas y donaciones de cuadros y manuscritos a la fundación del Museo.

En los primeros meses de 1960 fue llamada por el Director del Instituto a asumir la dirección artística del Museo la esclarecida dama doña Isabel Lleras de Ospina, escritora de reconocidos méritos y prestigio, quien llevó a feliz término la obra, hasta lograr que el Museo se inaugurara con pleno éxito, tanto por el valor y la apropiada presentación de sus colecciones como por la resonancia que han tenido los actos culturales que se celebran periódicamente en sus salas.

Varias entidades y personas generosamente han hecho donativos de objetos históricos o en efectivo. Mencionamos con gratitud a los siguientes donantes: Ministerio de Educación Nacional, Departamento de Cundinamarca, Academia Colombiana de Historia, Banco de la República, Compañía Shell Condor, Industria Colombiana de Llantas, doctor Eduardo Santos, señora Isabel Lleras de Ospina, señorita Inés Rubio Marroquín, doctor Daniel Ortega Ricaurte, señora Teresa Tanco de Caro, hijos de don Víctor E. Caro, hijos de don Luis Augusto Cuervo, doctor Guillermo Hernández de Alba, doctor Luis Martínez Delgado, señora Lola Casas de Gómez Restrepo, señora Cecilia Samper de Gutiérrez, doctor Leopoldo Guerra Portocarrero, doctor Diego Uribe Vargas, doctor Bernardo J. Caycedo, señora Nina Vásquez de Carrasquilla, señora Margarita Caro de Rueda, señorita Isabel Arboleda y hermanas, señora María Luisa de Ricaurte, señora Adelaida Gutiérrez de Rivera, señora Leonor Garcés de Iragorri, señoritas Inés y Leonor Gutiérrez Hoyos, señora Leonor Caycedo de Norden, señora Lucrecia Suescún de Meck, doctor Rafael Hoffmann y señora,